

MAURICIO BEUCHOT. *Charles Sanders Pierce: Semiótica, iconicidad y analogía*. Herder, 2014.

En un panorama filosófico signado por extremos como lo unívoco, del pensamiento moderno, y lo equívoco, del pensamiento posmoderno, Mauricio Beuchot busca la mediación. Para ello se adentra en la semiótica de Pierce y retoma el ícono, porque en su relación de semejanza con el objeto se relaciona también con la analogía, es decir, con un saber análogo. El presente libro, *Charles Sanders Pierce: Semiótica, iconicidad y analogía*, reúne una serie de estudios encaminados a revalorar la noción de analogía. Mauricio Beuchot, filósofo mexicano e investigador por parte del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM, propone retomar la analogía siguiendo la línea del pensamiento de Charles Sanders Pierce, para sugerir su uso en la hermenéutica y la pragmática. La *hermenéutica analógica* —cabe señalar— es una teoría sobresaliente y original de Beuchot, cuyo fundamento se puede consultar en *Tratado de hermenéutica analógica* (UNAM, 1997).

Por su parte, *Charles Sanders Pierce: Semiótica, iconicidad y analogía* es un libro que se estructura en doce apartados no numerados. Estos consisten en una introducción, algunos apuntes sobre la vida y obra de Pierce, una serie de estudios sobre semiótica, lógica, epistemología, metafísica, otros temas (psicología y filosofía de la religión), iconicidad y analogía, pragmática analógica y hermenéutica analógica, una conclusión general —si bien cada capítulo incluye su propia conclusión— y dos apéndices. El primero es sobre Pierce y la escolástica hispánica y el segundo trata la recepción de Pierce en España e Hispanoamérica —México, en particular—.

Beuchot —a quien me referiré como autor o investigador— ofrece una serie de advertencias en su introducción. Afirma que el contenido de su libro intenta dar una idea del pensamiento de Pierce —a quien haré referencia a través de su nombre o como filósofo—.

Por tanto, agrupa el contenido en lo que considera las ramas más importantes: semiótica, lógica, epistemología, etcétera.

Ahora bien. El capítulo “Semiótica” trata sobre la teoría del signo, cuyo programa semiótico define el signo en general como: “aquello que representa un objeto haciendo sus veces y esto lo hace refiriéndose a alguna cualidad o atributo del objeto” (16). Así, se establecen los elementos del signo pierciano: el *representamen*, signo primero (abstracción) que representa algo (un objeto) para alguien (una mente); el *interpretante*, una imagen o una idea que ocurre en la mente del interprete (un “signo mental”); y el *objeto*, alguna cosa real o posible (cualidades sensibles o esencia) cuya representación depende de un *fundamento*.

Sobre la relación entre signo y objeto, Beuchot expone las dos clases de objetos (*inmediato* y *dinámico*) y las tres clases de interpretantes (*inmediato*, *dinámico* y *final*). Menciona que los objetos que el signo denota no tienen que ser empíricos, pueden ser perceptibles, imaginables, inimaginables o pueden ser una cosa, una acción o un acontecimiento. Pero advierte que: “Si no se conoce de antemano el objeto, no se lo puede reconocer en el signo” (20), es decir, el signo solo puede representar un objeto del que se tiene conocimiento previo. Explica, también, que el *fundamento* del signo es cierto aspecto del objeto, aspecto que es determinado por una idea. Esta idea se divide en tres categorías –“cenopitagóricas” de Pierce–: la *primeridad* (inicio), el modo de ser con independencia de cualquier cosa (ej. sensaciones y sentimientos sin referentes); la *segundidad* (fin), el modo de ser que está en relación con una segunda cosa (ej. un ruido en el silencio); y la *terceridad* (mediación), el modo de ser como una relación entre una primera y una segunda cosa (ej. los signos).

El autor expone metódicamente las tres divisiones tricotómicas de los signos. La primera tricotomía se funda en “la naturaleza material del signo” (23); y en cada categoría el signo representa algo: en el *cualisigno* es una cualidad, en el *sinsigno* es un hecho real, y en el *legisigno* es una ley general. La segunda tricotomía se funda en “las relaciones del signo con sus objetos” (24); y en cada categoría el signo denota el objeto de algún modo: en el ícono es a través del carácter propio o naturaleza del signo, en el índice es porque el signo es un

efecto del objeto, y en el *símbolo* es por una “ley asociativa de ideas”. La tercera tricotomía se funda en “las relaciones del signo con sus interpretantes” (25); y en cada categoría el signo representa “algo” para su interpretante: en el *rema* es una clase de objetos posibles, en el *dicisigno* es un hecho real, y en el *argumento* es una ley general.

Aunque Beuchot enumera las diez clases de signos, como el *Sinsigno icónico* o el *Legisigno remático indicial*, solo ahonda en el Ícono (imágenes, diagramas y metáforas), el Índice, el *Símbolo*, el *Rema*, el *Dicisigno* y el *Argumento* (deducción, inducción y abducción). En los capítulos siguientes, las subdivisiones del ícono y el *argumento* son de gran relevancia para la exposición de los temas sobre lógica, epistemología y analogía.

El capítulo “Lógica” inicia con una equivalencia: “para Pierce la lógica es otro nombre de la semiótica” (35), es decir, que surge de la semiótica, aclara Beuchot. La lógica estudia la clase de signos que sirven para argumentar (términos, enunciados, argumentos) y tiene por objeto de estudio los procesos de abducción, deducción e inducción. Para ello, *rema*, *dicisigno* y *argumento* son entendidos como proposiciones. El *rema* como “una proposición con un objeto indeterminado” (37), por ejemplo en “x es amarillo”. El *dicisigno* como “una proposición cuyo sujeto indica un objeto o un acontecimiento” (37), por ejemplo en “la rosa es amarilla”. Y el *argumento* como “una cadena de tres dicisignos por lo menos, que siguen las reglas de la inferencia” (37), digamos, un silogismo. Así, Pierce usa la relación entre el signo y la lógica para fundamentar el proceso de investigación (*abducción-hipótesis*, *deducción-enunciados* e *inducción-comprobación*).

Finalmente, son varias las aportaciones de Pierce a la lógica, como su división del signo (ícono, índice y símbolo) o su división de inferencias (inducción, deducción y abducción). Pero el gran aporte de Pierce —dice el autor— es la noción de abducción, porque esta crea hipótesis que son explicadas por deducción y verificadas por inducción, por tanto, impulsa el conocimiento. Dicho impulso relaciona la lógica de Pierce con la epistemología.

En el capítulo “Epistemología” se sugiere que tal vez la mayor consternación de Pierce fue la ciencia. Explica el autor que, el filósofo

fo: “Siempre consideró que las leyes científicas existen independientemente de que las pensemos o no” (43). Por ello, su epistemología se dividió en dos vertientes, la teoría del conocimiento y la filosofía de la ciencia, ambas marcadas por el pragmatismo. La teoría del conocimiento implicó tratar el problema de la verdad, donde Pierce cuestionó la duda absoluta (Descartes), la distinción fenómeno-noúmeno (Kant) y la rigidez del positivismo empirista. Pero, la verdad más importante —dice Beuchot— es la proposición (verdad lógica), porque esta es verdadera solo si la experiencia no la refuta.

Por su parte, la pragmática pierciana establece que el objetivo del conocimiento es la producción de creencias. Una creencia se fija a través de cuatro métodos: 1) de la tozudez, 2) el de la autoridad, 3) el del *a priori*, y 4) el de la ciencia. De ellos, solo el último sirve —aunque Beuchot no explicita en qué sentido sirve—. El método de la ciencia, con la noción de abducción, es el único que genera hipótesis, de las cuales se deducen las consecuencias pertinentes del hecho problemático. Empero: “las creencias científicas son falibles, pues la experiencia puede desbancarlas; siempre están en estado de comprobación” (46). La máxima pragmatista dice: “lo que podemos saber de un objeto son los efectos de importancia práctica que puede tener” (47), aunque el éxito de las prácticas jamás es definitivo. Es decir, si la verdad científica depende de su mismo éxito, entonces, necesita no ser refutada, por tanto, debe estar en permanente comprobación.

Así, Pierce profesa un realismo científico en epistemología, a través de categorías, leyes científicas y teorías, que aunque refieren a antes de razón, estos no son menos reales pues actúan en la naturaleza. La verdad está en esa idea de una “comunidad de investigadores en diálogo”, porque se trata del conjunto de todas las verdades que han sido encontradas.

En el capítulo “Metafísica” se trata el problema de los universales, que refiere al “estatus ontológico de los conceptos, tanto de géneros como de especie” (51). En ello, Pierce sigue la línea del realismo (Duns Escoto) para proponer una metafísica del realismo científico. Beuchot profundiza en este realismo, donde la postura antinomialista de Pierce afirma la existencia de los universales.

Esta postura la constituye tomando el realismo escolástico como “inspiración”, dado que para Pierce el universal es metafísico, es un “ente de razón” (terceridad), una ley que rige las cosas: es real. Pero, dado el *synechismo* en Pierce, Beuchot declara que se trata de un realismo radical. El filósofo fundamenta su metafísica en aceptar los principios lógicos como principios del ser y en la objetividad de la experiencia; y construye una fenomenología (*faneroscopia*) usando sus categorías lógicas (primeridad, segundidad y terceridad). Para Pierce no hay materia y espíritu, sino que todo lo existente es continuidad: la materia es espíritu (Schelling).

Además, el autor trata una serie de asuntos. Define el pragmatismo como “la manera que tiene Pierce de entender el pragmatismo” (58), que es la reconstrucción de lo posible desde lo que es inmediato: “la razón [Kant] a partir de la percepción [Escoto]” (58). Trata el orden de los signos desde la metafísica mediante las nociones de signo formal y signo instrumental. Aborda la producción de los signos a partir de las categorías, ello en las nociones de *rema* (término-predicado), *signo dicente* (proposición/sujeto-predicado) y *argumento* (premisas). Respecto al argumento el autor da algunos detalles. Por un lado, Pierce denomina “argumentación dilemática” a aquella que tiene la misma estructura del dilema. Dicha argumentación se relaciona con la analogía porque el dilema y el “método de la distinción” comparten el mismo esquema (la disyunción), y en palabras de Beuchot: “para analogizar hay que distinguir” (63). Aunque, más allá de limitar la univocidad o la equivocidad, el autor no ahonda en lo que implica la distinción en la analogía. Por otro lado, en la teoría de la argumentación pierciana, el autor explica la idea del principio de las inferencias como hábitos (*habitualiter*, Escoto).

En el capítulo “Otros temas” se hace un recuento breve sobre las aportaciones y estudios de Pierce relacionados con la psicología, la ética y la filosofía de la religión. Mientras que en psicología Beuchot se mantiene puntual, en lo que concierne a ética se extiende un poco más. Hace un recuento de la confrontación del filósofo con el puritanismo y la moralidad, y su inclinación hacia una ética como ciencia positiva. Luego, respecto a la filosofía de la religión, explora la postura teísta de Pierce y su forma de relacionar ciencia y

religión. Advierte el autor sobre cierta “mística de la ciencia” (evolucionismo-amor).

En el capítulo “Pierce y la iconicidad o analogía”, explica el autor que “entre el signo y la realidad opera como mediadora la analogía” (73), la cual Pierce llama iconicidad. La iconicidad establece la relación (terceridad) entre la semiótica (signo) y la ontología (realidad-cosas), por ello la analogía sirve de conexión con lo real. En la explicación de la analogía de Pierce resalta la división del signo en tres categorías ontológicas. Mientras el índice (segundidad) es unívoco por su relación natural con el objeto y el símbolo (terceridad) es equívoco por su relación artificial y arbitraria, el ícono (primeridad) es el único que es análogo de su objeto y se mantiene en diversos grados tanto unívoco como equívoco. Beuchot explica los modos extremos de univocidad y equivocidad, y designa la analogicidad como modo intermedio. Solo el ícono es análogo, se aleja de la vaguedad y suma conocimiento.

Propone Beuchot, siguiendo a Pierce, que: “Una diagramatología nos podrá sacar del callejón sin salida de la gramatología de Derrida, con su interpretación infinita, que ya preveía Pierce” (79). Infinitud derridiana que Pierce soluciona con la finitud dada por la comunidad del grupo de investigadores en diálogo. El ideal de la investigación es reducir la vaguedad para adquirir conocimiento, que es alcanzado a través de la analogía. Por ello, desarrollar las ideas de Pierce –dice el autor– lleva a una hermenéutica analógico-icónica.

En el capítulo “Pierce y una pragmática analógica o hermenéutica analógica”, Beuchot construye su propia visión de la analogía a partir de la noción de iconicidad pierciana aplicada en la pragmática y la hermenéutica. Dice el investigador: “creo que este tipo de pensamiento [–la analogía–] nos puede hallar la salida de este *impasse* en el que estamos ahora en la pugna entre los positivistas y los relativistas” (87). Para ello, establece su propia postura sobre la relación entre iconicidad y analogía: “en mi visión de la analogía, ésta es un ícono que se acerca más al símbolo o que participa de la simbolicidad. O quizá deba decirse que es el punto en el que se tocan lo icónico y lo simbólico, ya que para mí tiene que predominar la diferencia, esto es, la polisemia” (93). Él mismo dice que su

noción de analogía es muy especial, y toma ejemplos de la iconicidad en la pintura y en el lenguaje –como pintura del mundo– desde Pierce y Wittgenstein.

Beuchot traza una hermenéutica analógica donde el acto interpretativo abarca los polos de la metonimia y la metáfora, según lo exige cada texto. Sigue las propuestas piercianas al considerar el ícono en el ámbito de la retórica, como un signo reproductivo y creador de sentido. Si lo indexical pretende una interpretación unívoca y lo simbólico una equívoca, vaga, entonces, una hermenéutica icónica: “nos dará lo suficiente para conocer, en un claroscuro que es el propio de la analogicidad” (99). Expone la relevancia de Pierce a partir de su experiencia personal a través de la filosofía sistemática y la pragmática (Ryle, Eco, Apen, etcétera), hasta conectar ambas con la hermenéutica (Davidson, Rorty). Considera a Pierce como el antecesor de la hermenéutica analógica porque su teoría semiótica es una teoría de la interpretación. En esta hermenéutica, el ícono más preciso es el diagrama, que oscila entre la imagen (metonimia) y la metáfora.

La conclusión de Mauricio Beuchot es que Pierce es un modelo de filósofo que resulta idóneo para sus investigaciones, pues las nociones piercianas ayudan a impulsar el pensamiento. Este impulso está en la recuperación de la noción de analogía, porque permite instituir un intermedio entre la univocidad y la equivocidad. Incluso, en la analogía se encuentran los modos de la metáfora y la metonimia, que según Jakobson son los fundadores del pensamiento, argumento que ha sido reiterado por Beuchot en diversos capítulos.

Los dos apéndices anexos exploran antecedentes teóricos y crítica. En el primero se expone sobre Pierce y la escolástica hispánica. Pedro Hispano, Vicente Ferrer y los profesores jesuitas de Coimbra, como Escoto, Pedro de Fonseca y Juan Poinset, son algunos de los nombres que sobresalen. En el segundo apéndice se expone el tema de Pierce e Hispanoamérica, con algunos ejemplos mexicanos. El contenido del apéndice se centra en la recepción temprana que tuvo la visita de Pierce a España durante el siglo XIX, la recepción del pensamiento de Pierce en México a partir del siglo XX, y el desarrollo de la hermenéutica analógica en Hispanoamérica. Retoma los

estudios de Jaime Nubiola sobre el itinerario español de Pierce. En referencia a la influencia de Pierce en México aparecen nombres de estudiosos como Arturo Rosenblueth, Agustín Basave Fernández del Valle y el mismo Mauricio Beuchot, entre otros; también se hace un recuento del itinerario de eventos e investigadores sobre los textos pierceanos durante el final del siglo XX y el inicio del XXI.

En conclusión, Mauricio Beuchot trata un tema difícil, plagado de categorías y nociones complejas. Esto es algo que él mismo admite desde el inicio de su discurso. Pero además de esta dificultad, el uso profuso de sinónimos y el constante señalamiento de semejanzas entre términos, hace que las ideas expuestas parezcan no avanzar. Todas las categorías siempre cumplen diversas funciones según cierta aproximación, lo que ocasiona que algo particular siempre sea algo más. Por ejemplo, la analogía, que es iconicidad, que es metonimia, donde imagen, diagrama y metáfora son formas de la iconicidad y por tanto de la analogía. En palabras de Beuchot: “se recorre toda la gama de estos elementos de la iconicidad que se corresponden con la analogía, la cual, como he dicho, es metonímica, como en la de atribución y de proporcionalidad propia y metafórica, como en la de proporcionalidad impropia o de metáfora, precisamente” (79). A veces el exceso de especificidad hace redundante el estilo de escritura. Además, en Pierce, su semiótica, su lógica, su metafísica, e incluso su ontología y analogía —entre otras—, todas se fundamentan en el sistema triádico (primeridad, segundidad y terceridad), lo cual también incide en esa aparente redundancia. Esto ocurre porque el tratamiento de cada asunto particular implica volver a nombrar en algún momento al sistema triádico.

La exposición de Mauricio Beuchot sobre el pensamiento de Pierce es general y breve. La instrumentalización de una gran variedad de categorías complejas y la brevedad con que son tratadas hacen que la exposición resulte densa. Aunque Beuchot advierte que la clasificación de los signos de Pierce es —en sus palabras— demasiado complicada e incluso deja algunos aspectos faltos de precisión y claridad. Sin embargo, el autor parece centrar su exposición en las definiciones y ejemplos que surgen de Pierce, lo que ocasiona que varios de esos ejemplos sean poco didácticos.



No obstante, los temas mantienen una secuencia lógica que encamina los diferentes estudios hacia un objetivo común: la analogía. Una lectura atenta es suficiente para aprovechar el gran conocimiento y bagaje que nos ofrece el autor de *Charles Sanders Peirce: Semiótica, iconicidad y analogía*, sobre un asunto especializado, como el pensamiento de Peirce. Además, contiene una bibliografía concisa que sin duda resulta enriquecedora.

Ramón Ernesto Jaquez Núñez